

Condiciones para ser discípulos de Jesús (primera de 2 partes)

A diferencia de los líderes políticos populistas, Jesús no busca atraer a las multitudes con falsas promesas, les deja saber claramente lo que exige a quien quiere ser Su discípulo.

Lo que pide aquí Jesús suele sorprender, incomodar y desconcertar a muchos porque suena extremadamente radical e incluso pareciera contradecir Su mandamiento de amar, por lo que es importante saberlo interpretar.

La primera parte (versículos 25-26) aparece también en el Evangelio según san Mateo (en Mt 10, 37), y por la manera como está planteado, queda claro a qué se refiere Jesús. Y el versículo 27 aparece en ese mismo Evangelio (en Mt 10, 38) prácticamente igual.

Dice san Juan de la Cruz: «La doctrina que el Hijo de Dios vino a enseñar fue el menosprecio de todas las cosas, para poder recibir el precio del espíritu de Dios en sí; porque, en tanto que de ellas no se deshiciere el alma, no tiene capacidad para recibir el espíritu de Dios.» (Subida al Monte Carmelo 1, 5, 2).

Conviene que leas en tu Biblia el texto que revisaremos hoy (Lc 14, 25-27), y ya luego lo siguiente:

REVISIÓN DESGLOSADA DE Lc 14, 25-27;**14, 25 CAMINABA CON ÉL MUCHA GENTE,**

Cada cierto tiempo nos hace notar san Lucas que una multitud seguía a Jesús.

REFLEXIONA:

Jesús está rodeado por una multitud, pero podemos preguntarnos: ¿esa gente tenía conciencia de lo que le esperaba a Él y a los Suyos?, ¿sabía que iban a Jerusalén, donde daría Su vida por todos?

Esas personas que se empujaban para estar cerca de Él, y eran capaces de soportar hambre y calor con tal de oírlo y de obtener de Él una mirada compasiva o un milagro, ¿se atreverían a seguirlo hasta el Calvario?

Jesús se sabía seguido por muchos, pero no era un político al que le interesaba convocar a un mitin y llenar las plazas a como diera lugar, no. Él no quería «acarreados» no le interesaba sentirse líder de una muchedumbre que sólo estaba allí para ver qué sacaba. Así que planteó algo que provocaría que se separaran los curiosos de los seguidores, los que sólo iban en la bola, de los que realmente querían comprometerse a seguir Sus enseñanzas.

Es fácil tener fe cuando sólo se trata de seguir a Jesús para oírlo, pero la cosa se complica cuando hay que cumplir lo que pide. ¿Cómo es tu fe?

Y VOLVIÉNDOSE LES DIJO: 14, 26 «SI ALGUNO VIENE DONDE MÍ Y NO ODI A SU PADRE, A SU MADRE, A SU MUJER, A SUS HIJOS, A SUS HERMANOS, A SUS HERMANAS Y HASTA SU PROPIA VIDA, NO PUEDE SER DISCÍPULO MÍO.

volviéndose

Jesús se dirigió a la multitud que lo seguía. Quería que a la gente le quedara claro que seguirlo no consistía solamente en oírlo e ir a donde el fuera, sino que había una condición más exigente.

viene donde Mí

Por lo que dijo a continuación, cabe interpretar que esta frase se refería no sólo a seguirlo en ese camino que estaban recorriendo, sino a quedarse con Él, a ser Su discípulo.

y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta su propia vida

Es importante entender a qué se refiere Jesús, para no malinterpretar esta petición Suya.

Se trata de una hipérbole (expresión exagerada), un «hebraísmo» empleado en el Antiguo Testamento para significar que se ama una cosa más que otra. En lenguaje semítico: amar a una, odiando a la otra. (ver Stein, p. 396). Por ejemplo, en el libro del Génesis dice que Jacob *amó a Raquel más que a Lía* (Gen 29, 30), y más adelante dice que Lía era *aborrecida* (Gen 29, 31), para enfatizar que Jacob prefería a Raquel, pero no que odiaba a Lía, pues ésta también era su mujer y le había dado hijos. Era una manera de hablar para enfatizar su predilección por una. No su odio por la otra.

Dice al respecto de este versículo, la nota de pie de página de la Biblia de Jerusalén: «El texto dice *aborrecida* pero en este caso simplemente significa la situación menos ventajosa de la mujer no preferida en un hogar polígamo» (BdJ, p. 44).

Por otra parte, siempre tenemos que tener en cuenta, como lo enseña el Catecismo de la Iglesia Católica, que para interpretar los textos bíblicos fuera de contexto, sino dentro del contexto general de toda la Sagrada Escritura.

Esto significa que lo que predomina es el mensaje general, que es siempre un mensaje de amor de Dios, que nos pide amar. Así pues, el Dios que es Amor, jamás nos invitaría a odiar, en el sentido en que hoy en día entendemos la palabra odiar (rechazar con ira, desear el mal a alguien).

Jesús nos dejó un solo mandamiento: *que os améis los unos a los otros como Yo os he amado* (Jn 15, 12), y dijo que cuando amamos damos testimonio de que somos Sus discípulos (ver Jn 13, 34-35), así que definitivamente no es posible que Él mismo contradijera toda Su enseñanza, pidiendo a Sus seguidores odiar, y nada menos que ¡a sus seres más queridos y cercanos! No es así.

San Pedro nos enseñó que ningún texto de la Biblia está destinado a ser interpretado en privado, como a cada uno se le ocurra (ver 2Pe 1,20), siempre debemos acudir a la Iglesia que es nuestra Madre y Maestra y la institución que Cristo fundó y a la que le dio autoridad para interpretar sin error Su Palabra.

Y en este caso la Iglesia enseña que este texto debe entenderse como una manera de hablar que no invita a odiar sino a poner en segundo plano todo lo que pueda interponerse entre nosotros y Jesús.

«No es que Jesús imponga a los suyos una actitud de odio. Lo que pide es que cuando las personas, aun las más cercanas, sean obstáculo para la radicalidad que Jesús exige de Sus discípulos, éstos tendrán que elegir entre los vínculos familiares que reclama la naturaleza, y la fidelidad al Maestro.» (Fitzmyer III, p. 632).

«Debemos tener caridad con todos, con los parientes y con los extraños, pero sin apartarnos del amor de Dios por el amor de ellos.» (san Gregorio Magno, Homiliae in Evangelia 37, 3).

REFLEXIONA:

Aunque Jesús no nos esté pidiendo odiar, nos pide algo también muy exigente: que por encima de todos y de todo lo prefiramos a Él. ¿Qué significa eso? No se trata de que todos nos volvamos monjes o religiosos ni que descuidemos nuestras obligaciones familiares para pasarnos todo el día en la iglesia. No.

Lo que significa es que primero que nada, antes que nada, lo tengamos presente a Él. Que ocupe el centro de nuestra vida, que lo tomemos en cuenta para todo, que busquemos agradarle a Él más que a nadie.

¿Por qué pide esto? No es por egolatría, en Jesús no hay pecado. Nos lo pide porque, como siempre, lo que nos pide nos beneficia a nosotros. Si llenamos nuestro corazón, primero que nada, del amor a Dios, entonces podremos amar a los demás con el amor de Dios. Nuestro amor no será egoísta, mezquino, convenenciero, frágil, perecedero. Amaremos a plenitud y eso nos hará felices.

REFLEXIONA:

Es significativo que Jesús mencionara a la familia cuando pidió amarlo más a Él, porque suele suceder que nuestros seres más cercanos se pueden volver obstáculo en el camino a la fe. Por ejemplo, el papá que no deja que su hijo ingrese al seminario; la persona que no quiere que su cónyuge vaya a Misa; la familia protestante que no permite que uno de sus miembros se vuelva católico; la joven que deja de seguir las enseñanzas de la Iglesia para que su novio no la critique; la familia que deja de ir a la iglesia porque los domingos organizan otras actividades.

En nuestra vida siempre está presente la tentación de ceder a la presión de los no creyentes, y dejar de orar, de leer la Biblia, de acudir a Misa, de recibir los Sacramentos. Es aquí donde entra con toda su fuerza y radicalidad lo que pide Jesús. No hay que dejar que nada ni nadie se interponga entre nosotros y Él. Eso no significa pelearse con la familia ni obligar a nadie a participar en lo que no quiere. Hay que mantener siempre la comprensión y la caridad. Pero también hay que dar un testimonio de vida cristiana que haga a los demás atractiva nuestra fe, que les haga preguntarse: ¿de dónde saca su alegría?, ¿cómo fue capaz de perdonar?, ¿qué tiene que a mí me falta?

REFLEXIONA:

La renuncia que pide Jesús no está limitada a lo que mencionó. Nadie diga: «ah, esto no lo dijo, así que a esto no tengo que renunciar.» Hemos de tomar las palabras de Jesús como una invitación a revisarlo todo. Por ejemplo, nuestra manera de pensar, de juzgar, nuestra visión de las cosas, nuestros hábitos más arraigados, nuestros vicios. También aquello que nos da seguridad, nuestro dinero y bienes materiales, nuestra manera de gastar el dinero. También revisar qué nos da placer, si nos conformamos con placeres transitorios, o peor aún, que nos llevan al pecado. También nuestros logros y proyectos, lo que planeamos hacer, si es o no para edificar el Reino. También nuestra comunidad, aquellas personas cuya opinión valoramos, a quienes seguimos o imitamos (los llamados «influencers»), revisar la importancia que damos a la opinión de los demás por encima de la de Jesús. Y desde luego tus virtudes y defectos, tus miedos, tus miserias y cualidades. Hay que revisarlo todo, todo, todo en nuestra vida, desde lo pequeño y aparentemente insignificante hasta lo que consideramos más grande e importante, para detectar a qué somos o no capaces de renunciar y por qué y qué haremos al respecto, con la gracia de Dios.

no puede ser discípulo Mío

Para ser discípulo de Jesús se requiere optar radicalmente por Él. Sin medias tintas, sin servir a dos señores. Es lo que Él exige, y aunque es muy difícil, no es imposible. Lo vemos en los Doce, que renunciaron a todo por seguirlo.

14, 27 EL QUE NO LLEVE SU CRUZ Y VENGA EN POS DE MÍ, NO PUEDE SER DISCÍPULO MÍO.

lleve su cruz y venga en pos de Mí

Es la segunda vez que plantea Jesús que para ser Sus discípulos debemos estar dispuestos a cargar la cruz. Ver Lc 9. 23;
¿A qué se refiere? A asumir lo que sea con tal de cumplir el Evangelio.

REFLEXIONA:

En tiempos de Jesús se condenaba a morir en la cruz a los peores criminales. Se les obligaba a cargar el madero durante un trecho del camino hacia el sitio de la ejecución y durante el camino soportaban burlas e insultos de quienes pasaban por ahí o se detenían a contemplar el penoso espectáculo. Era la última afrenta a que sometían al condenado.

Estar dispuestos a tomar la cruz implica, en ese sentido, estar dispuestos a pasar por lo que sea, aunque resulte humillante y doloroso, con tal de seguir a Cristo.

Recordemos que Jesús habló de llevar la cruz cuando recién vio en un banquete a la gente preocupada sólo por obtener los mejores puestos, lucirse, ser admirada. Debe haber incomodado muchísimo oírle decir eso. Y hoy, como ayer, Sus palabras siguen incomodando. Buscan desinstalarnos. Nos proponen una cruz en lugar de un trono o de un sillón mullido. Nos lanzan a cargar con ella, no a mandarla traer, no a escoltarla mientras la cargan otros, no a contratar una grúa o un remolque.

¿Es que el cristiano tiene que pasar necesariamente por la cruz?

Sí. Pero ésta no se trata de sufrir, se trata de amar. Y cuando ese amor conlleva sufrimiento, asumirlo.

REFLEXIONA:

Al invitarnos a llevar nuestra cruz, Jesús no nos está invitando a sufrir, a poner los ojos en blanco y decir suspirando: ¡ay está cruz me tocó llevar!ø refiriéndonos al cónyuge difícil, a la suegra entrometida, a la nuera chismosa. No. Llevar la cruz consiste en asumir plenamente todo lo que nos venga por atrevernos a vivir la radicalidad del amor de Jesús en un mundo que no sabe amar.

Implica aprender a vivir a contracorriente en un ambiente que promueve el odio, la injusticia, la desigualdad, la indiferencia.

Pero la cruz no tiene solamente un sentido de sufrimiento, sino de redención, de gloria.

Fue en la cruz, desde la cruz, con la cruz, que Jesús nos salvó.

Aceptar la cruz, abrazarla, consiste en aprender a vivir las circunstancias de la vida, con los mismos sentimientos con los que Jesús aceptó la cruz: amor, humildad, mansedumbre. Unir los propios sufrimientos a los de Jesús y descubrirles su sentido redentor. Y, lo mejor de todo: quien lleva su cruz tiene la garantía de un gozo como no hay otro: ser discípulos del Señor.

REFLEXIONA:

El cristianismo no es una teoría que se aprende de memoria. Es algo que se vive, se palpa, se experimenta. Para ser discípulos de Jesús hay que seguir Sus huellas, imitar Sus actitudes, cargar Su cruz. Imposible pretender saberlo todo leyendo el Catecismo. Hay que practicarlo, experimentar la paz, la alegría de vivir lo que propone.

REFLEXIONA:

Decía bellamente san Francisco de Sales:

øEl Dios Eterno, en Su sabiduría, ha previsto, desde la eternidad, la cruz que ahora te presenta, como un obsequio de lo más profundo de Su Corazón. Esta cruz que te envía, la ha considerado, con ojos que todo lo saben, la ha entendido con Su mente divina, la ha probado con Su sabia justicia, entibiado con Sus brazos amorosos, y sopesado con Sus propias manos para ver que no esté ni una pulgada más larga ni una onza más pesada, para ti. La ha bendecido con Su Santo Nombre, la ha ungido con Su consolación; ha dirigido una última mirada hacia ti y tu valor, y te la ha enviado desde el Cielo, un especial saludo de Dios para ti, una dádiva del amor todo-misericordioso de Dios.ø

REFLEXIONA:

Nos asusta que Jesús nos pida tomar nuestra cruz, nos parece que vamos a caer aplastados bajo su peso.

Hemos de recordar lo que dice san Pablo: que Dios no deja que las pruebas que enfrentamos superen nuestras fuerzas. Que con cada prueba que permite, nos da Su gracia para superarla (ver 1Cor 10, 13).

Esto aplica a la cruz. Nunca nos dejará que el peso de ésta nos aplaste. Él nos ayuda a llevarla.

Cuando nos va a tocar cargar una cruz muy pesada, Dios nos prepara de antemano, nos da, por así decir, un ÷concentradoø de Su gracia, dice el salmista que Dios nos deja Su escudo protector, que multiplica Sus cuidados con nosotros (ver Sal 18, 32-37).

no puede ser discípulo Mío

Es la segunda vez que repitió esta significativa y exigente frase que nos hace ver que lo que dijo estaba destinado a quienes no se conformaban con seguirlo, sino quería ir más allá, dar un paso más, convertirse en Sus discípulos.

REFLEXIONA:

Para ser discípulos de Jesús hemos de asegurarnos de que ninguna persona, actividad, bien, etc. sea para nosotros más importante que Él. De otro modo no seremos discípulos. Nos conformaremos con ser ÷miembrosø de un club de admiradores. Para ser discípulos hay que estar dispuestos a romper toda atadura con quien sea o lo que sea que nos impida tenerlo a Él en primer lugar. Hacer una opción radical.

Jesús no exige poco, no exige mucho, lo exige todo.

Quiere que sintamos por Él la misma ansia que experimenta unos minutos bajo el agua y sale luego a respirar. Quiere que lo necesitemos como al aire. Que nos haga falta como a la planta el agua. Que en nuestro corazón haga eco lo que le dice a Dios el salmista: *ōmi alma tiene sed de Ti, mi carne tiene ansia de Ti como tierra reseca, agostada, sin agua.* (Sal 63, 2).

Sólo entonces seremos capaces de volvernos discípulos y darle en nuestra vida el sitio que le corresponde. Sólo entonces comprenderemos que Él no puede ocupar la periferia, un rincón, una orilla, sino que debe ocupar el centro de nuestra vida.

REFLEXIONA:

En sus Ejercicios Espirituales, san Ignacio de Loyola propone imaginar qué haríamos si un rey al que admiramos y respetamos nos invita a acompañarle y a compartir con él las dificultades de su misión. Promete nunca abandonarnos y darnos al final una recompensa extraordinaria.

Pregunta san Ignacio qué responderíamos a ese rey. Es obvio que diríamos que sí, nos sentiríamos honrados y felices de que tan importante personaje nos invitara a nosotros a unirnos a su campaña, y no nos importaría lo que tuviéramos que pasar, porque lo tendríamos a nuestro lado.

Aclara entonces san Ignacio que ese rey es Jesús y es súbdito al que invita eres tú.

Jesús nos invita no sólo a seguirlo de lejos, sino a caminar con Él y como Él, a cargar nuestra cruz.

¿Qué puede haber más relevante en este mundo?

REFLEXIONA:

Relee el texto. Hazlo con Lectio Divina, método antiquísimo que propone la Iglesia para abordar la Sagrada Escritura (lectio leer despacio el texto bíblico; meditatio meditarlo, reflexionarlo; oratio dialogar con el Señor sobre lo leído y meditado, y actio aterrizarlo en algún propósito concreto).